

CAPÍTULO 1

EL PAÍS «EJECUCIÓN». GUS Y SU TRABAJO

Érase una vez un «país» que medía dos mil metros cuadrados, donde se cultivaba trigo. Era pleno verano, hacía mucho calor. La cosecha estaba a punto de comenzar. Nuestro protagonista, Gus, estaba en la tierra, escondido detrás de una diminuta piedra.

Estaba muy enfadado, porque le hacían trabajar constantemente, recogiendo comida y sustancias vegetales, para alimentar al resto de las larvas. Su jefe, una mariposa adulta, le daba órdenes constantemente; cuando Gus intentaba objetar algo, el jefe salía volando en otra dirección. El pequeño Gus se sentía descorazonado. Podía reptar únicamente por el suelo y sobre las plantas. Su vida se ceñía a recorrer escasos dos metros, arriba y abajo.

Gus sentía que no sabía hacer nada. Nadie preguntaba su opinión, y si quería darla no le escuchaban. Era como si no existiera. Muchas veces entraba en cólera y chillaba todo lo que daban de sí sus pulmones.

Gus estaba frustrado, sentía que no era capaz de hacer las muchas cosas que sus compañeros sí podían. Para remate, se veía poco agraciado. Soñaba ser importante, como la mariposa jefa de su país. Era bonita e importante, pero a veces la odiaba, porque nunca reparaba en él. Ni siquiera conocía su nombre.

No obstante, Gus reconocía que su jefe volaba de manera mágica. No emitía ningún sonido al hacerlo y, aparentemente, no realizaba ningún esfuerzo. Tenía visión global del país; sabía qué plantas había que comer o cuáles eran peligrosas, por estar recién fumigadas. Conocía con precisión toda la población de larvas,

y mariposas del país. A veces, parecía que hacía milagros. Gus no entendía como lograba tener tanta información. La mariposa jefa, Jelaní, solo hablaba con unas cuantas mariposas que controlaban el grupo. La información se mantenía siempre secreta; o eso creían. El resto de orugas y gusanos se limitaba a cumplir órdenes estrictamente. Nadie tomaba decisiones, ni asumía riesgos. La tarea estaba claramente definida para cada individuo y no se cuestionaba.

Cada gusanito tenía un conocimiento muy limitado de la organización del colectivo y del país. Únicamente conocían bien la tarea que se les asignaba como contribución al grupo. Ninguno sabía exactamente cómo era el país en el que vivían. Según decía Jelaní, en las reuniones, vivían en un espléndido país, enorme y bellissimo.

Por las mañanas, Jelaní se posaba en uno de los arbustos más altos. Desde allí divisaba gran parte del territorio y a sus habitantes: a los cientos de gusanos y orugas que lo habitaban.

A las seis en punto de la mañana, con los primeros rayos del sol, Jelaní, con su armoniosa voz, llamaba, una, a una, a todas las mariposas.

—Buenos días, compañeras. Es la hora de comenzar nuestro trabajo diario. Ya sabéis exactamente en qué consiste. En todo caso, hagamos la tarea más rápido que ayer. Creo que, hacia el mediodía, cuando el sol esté justo encima de nuestra piedra y no tengamos sombra, comenzará a nublarse y lloverá durante la tarde. Por ello, es muy importante que vuestros gusanos y larvas aceleren el corte y la recogida de hojas, para depositarlas en los almacenes previstos.

—Jelaní —dijo una de las mariposas—. ¿Y por qué sabes que hoy lloverá? El cielo está totalmente despejado y no corre nada de viento.

—Lucrecia, ¡parece mentira, que me hagas tú esta pregunta! Eso es información confidencial y en nada interesa, ni a ti, ni a ninguna de tus compañeras. Mucho menos interesa a los gusanos y orugas. Si esta información saliese, sería muy perjudicial para nosotras, ya que muchos de nuestros competidores podrían tomar la decisión de recolectar la cosecha a toda velocidad y seguramente nos quedaríamos sin alimento para hoy.

—Pero, Jelaní, ¿es que no confías en nosotras?

—Ese no es el problema. La información es esencial para sobrevivir. Por tanto, no hemos de correr ningún riesgo. Cuantas menos personas la conozcan mucho mejor. Ni siquiera me planteo si confío o no. Simplemente, quiero reducir el riesgo a cero.

Estimadas mariposas: hoy cosecharemos únicamente la hoja del hinojo. Las orugas comerán, exclusivamente, hinojo. Espero que esta instrucción se lleve a cabo de forma tajante, no sea que no encontremos, como ha ocurrido en alguna ocasión, restos de otro tipo de flores y plantas.

—¿Por qué? —musitó una pequeña oruga llamada Gus—.

—¿Quién ha osado hablar? ¿Es que alguno de nuestros gusanos y orugas tienen dudas acerca de la instrucción de hoy?

Lucrecia se movió suavemente para acallar las preguntas del pequeño Gus y respondió por él:

—Jelaní, la pequeña oruga, simplemente, quería confirmar que la planta que hoy vamos a recolectar es exclusivamente el hinojo.

—Perfecto. Exacto —espetó Jelaní—. Veo que nuestros pequeños gusanos están atentos a mis discursos matutinos. Me alegra saberlo. Por favor, Lucrecia, ya que estás tan pendiente de tu grupo, me gustaría que comentes lo que puede ocurrir si encontramos a algún pequeño gusano comiendo hoy otro tipo de plantas. Estoy convencida de que solo ocurrirá por error y nunca de forma intencionada; sin embargo, es importante que todos lo sepan para evitar «errores». Estimado grupo: sí, como sabéis la última oruga que osó comer perejil fue desterrada de nuestro país. Estamos convencidos de que esto no os va a pasar a vosotras, porque estaréis pendientes y no os vais a distraer, ¿verdad? —preguntó al grupo—.

Todas las mariposas alzaron la voz al unísono:

—¡Cumpliremos las órdenes del día, estrictamente!

—Confío en el equipo de jefes mariposas para lograr una cosecha equivalente a dos piedras blancas, como cada día. Estoy segura de que lo conseguiremos, gracias al arduo trabajo y dedicación de todas vosotras. ¿Alguna pregunta?

Un estremecedor silencio se produjo entre las filas de orugas y mariposas, que contemplaban a Jelaní subida en la gran piedra.

A lo largo de la mañana, la actividad del grupo de gusanos y orugas fue incansable. No se pararon ni un minuto; sin embargo, el estado de ánimo no era precisamente el mejor. De forma sote-rada y silenciosa, las orugas se lamentaban de la vida tan aburrida y pesada que soportaban. De vez en cuando, en algún corrillo, se charlaba comentando algo acerca del sabor de la planta de hinojo. Inmediatamente, la mariposa jefa llamaba la atención a los implicados a que finalizasen la conversación lo antes posible.

Se observaba una actividad febril, imparable, pero en cierto modo cansina, carente de todo entusiasmo.

En un momento determinado, una de las orugas advirtió que, en una planta de hinojo había una gota de un terrible veneno. Algo que, de vez en cuando, unos seres gigantescos, los más depredadores de su país, lanzaban a través de enormes tubos. La observadora oruga se sintió tentada de avisar a la mariposa jefe de su grupo; pero, pensó ¿es que alguien me ha dicho que dé la voz de alarma cuando se trata solo de una gota? Ni mucho menos. La instrucción dice que cuando detectemos que una planta tiene gotas de veneno en sus hojas, debemos avisar de forma inmediata al jefe. He estado comiendo de esta planta un buen rato y es la única hoja afectada que he visto. Por esto, no voy a decir nada. No sea que, por querer ayudar, me griten acusándome de haberme saltado la instrucción sobre la norma de venenos.

A media mañana, el ejército de gusanos y mariposas cesó puntualmente en su labor, para cobijarse bajo las casi inexistentes sombras disponibles. El sol estaba en su cénit. El conteo de individuos comenzó:

—Uno, veinte, treinta y cinco, cincuenta, cien... Me faltan veinte. Y a mí, diez —dijeron dos mariposas jefe—.

Lucrecia realizó un vuelo alto de comprobación del territorio de trabajo y pudo ver que muchos gusanos estaban inmóviles en el camino de regreso. Dio la voz de alarma.

—¡Muertos, creo que están muertos!

La pequeña oruga, al escuchar la noticia, se quedó paralizada. Asustada, se preguntó, si no habrían comido de la hoja que ella descubrió con una gota de veneno.

Todas las mariposas jefe se pusieron en vuelo para el reconocimiento del territorio. Tras observar en detalle y posarse sobre distintas plantas, llegaron a una conclusión que comunicaron de inmediato a Jelaní.

—Mariposa Jelaní: nuestra impresión, tras la observación del territorio, es que se ha producido una fumigación no prevista, en la zona colindante a la nuestra. El viento, desgraciadamente, ha traído algunas gotas perdidas a nuestra zona de trabajo. Tenemos que lamentar treinta bajas en el grupo.

—¡Que terrible noticia me dais! Veo que nuestro protocolo de alerta al veneno no ha funcionado como en otras ocasiones. Es importante investigar, si alguno de los individuos fue consciente del peligro y no informó. También urge que revisemos nuestro protocolo de alerta para descubrir qué ha podido fallar. Esta tarde, procederemos al desplazamiento de muertos hacia zona adecuada, para que no contaminen la tierra. Ahora, todos al descanso. A la puesta de sol, quiero revisión exhaustiva de los almacenes de comida y constatar si hemos conseguido la cantidad prevista para hoy.

Así transcurría el tiempo en este territorio. Un buen día, Gus hablaba con su amiga la golondrina Nain:

—Nain, no sé por qué me siento tan triste y abatido. Creo que jamás podré ser alguien en este país. Mira todas las mariposas que hay alrededor y mírame a mí, con este aspecto. Solo me arrastro. Y no tengo ojos. Me limito a comer y a recolectar sustancias para mis compañeros, tal y como me dicta nuestro jefe.

—Lo sé, querido Gus —dijo Nain—. Es cierto que, Jelaní, es muy duro. Siempre os está imponiendo todo. No os deja libertad de acción. Os trata como si ninguno de vosotros tuviese cerebro. Ella lo sabe todo y, por tanto, es la única que toma decisiones. Tiene un sistema de trabajo fundamentado en normas rígidas y en personas que tienen trabajos muy concretos y delimitados. La

buena noticia es que así impide que corráis riesgos y reduce las posibilidades de que os coman otros depredadores como yo. De hecho, nosotras, las golondrinas, tendemos a ir a otros países a comer gusanitos, porque, en este, siempre hay soldados alerta, atentos al peligro. El otro día, un soldado se quedó dormido a causa del calor. Cuando llegué por la noche a mi árbol otro de los soldados lloraba. —«¡Se han llevado a mi compañero!»—. Lo que significaba que Jelaní lo había abandonado en medio del campo para darle una lección. Obviamente, ya no existirá. Con casi toda seguridad, habrá sido bocado de algún depredador.

Gus contestó:

—¿Sabes Nain? He pensado algunas veces en rebelarme contra Jelaní. Siempre que lo comento, mis compañeros me regañan y me llaman loco. Sostienen que aquí estamos más seguros que en ningún otro lugar, que nos sobra la comida y que salvo que incumplamos las normas, tenemos trabajo asegurado. Además, cuando he querido montar una fuga no ha sido posible, porque, Jelaní, no comparte nunca el mapa, la estructura del país, los lugares donde existen los peligros, los ríos, las salidas, las montañas. Sin un mapa, nadie se atreve a moverse.

Entonces, Nain asustada, dijo:

—¡Oh Dios mío, es cierto! ¡No se te ocurra marcharte! Hay demasiados peligros alrededor y no conoces el camino. Es imposible salir de aquí con vida, salvo que tengas muchísima suerte.

—Claro —respondió Gus—. Por eso, prácticamente, somos siempre los mismos en número. Los pocos que se marchan han sido señalados por decisión de Jelaní, por haber incumplido las normas o el procedimiento. ¡Luego, dicen únicamente que «se fueron»! ¡Que yo sepa, únicamente dicen que se fue voluntariamente, Uriel!

—¿Uriel? —gritó, Nain—. Ah, esa es la mariposa jefa del país de al lado. Es una mariposa increíble. Mide unos 25 cm. de grande. Es una *Attacus atlas*. Y aunque es totalmente inofensiva, sus depredadores no atacan a su país debido a los increíbles colores que despliega y a la imponente envergadura de sus alas. Me consta que, en

ese país, las orugas son felices. Les encanta su trabajo y están siempre hablando muy bien de Uriel. Dicen que es muy participativa y, además, que se sabe el nombre de cada una de ellas.

—¿Es cierto lo que dices, Nain? ¿Es verdad que las orugas trabajadoras están allí satisfechas? Quiero marcharme lejos. Me gustaría ir a una tierra lejana, donde pudiese ver desde lo alto, observar, inspirar, liderar a otras orugas como yo y, sobre todo, me encantaría saber tanto de este maravilloso país, como nuestro jefe.